

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de

D. Miguel Sawa.

15 CENTIMOS NÚMERO
Idem atrasado, 30.

A CORRESPONSALES Y VENEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.



Las dos clases de ladrones.

Un miserable se ha enriquecido robando al público, vendiendo sus mercancías faltas de peso, y la ley le nombra jurado.

En lo más rudo del invierno, un pobre roba un pan para mantener á su familia.

Pasad la vista por esa sala en la que hormiguea el público; en ella el rico va á juzgar al pobre...

Fijáos bien; ese juez, ese mercader, incomodado porque le hacen perder una hora, mira distraídamente al hombre, que está llorando; le envía á presidio, y él se marcha á su casa de campo. El público, el bueno y el malo, sale de allí diciendo:

—¡Es justa la sentencial...

... Sólo queda en el tribunal que ocuparon los jueces, un Cristo pensativo y pálido que levanta los brazos hacia el cielo desde el fondo de la sala.

Victor Hugo.



ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID....	Un mes..... 1 pesetas.
	» trimestre..... 2,50 »
	» año..... 10 »

FUNDADOR
EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN PROVINCIAS.	Un trimestre..... 3 pesetas.
	» semestre..... 6 »
	» año..... 12 »
EXTRANJERO...	» año..... 15 »

SÉPTIMA DENUNCIA

El folleto Polavieja, original de Pedro Barantes, publicado por la Biblioteca de Don QUIJOTE, ha sido denunciado.
¡Gracias, Sr. Liniers!

¡CON ESTE CALOR!

Volvió la muchacha de la compra con la cesta vacía.
—Las tiendas—dijo—están cerradas, el mercado desierto; no he podido comprar ni un rábano. Ya se ve, ¡con este calor!

—Pues no podemos pasarnos sin comer—exclamó alarmado.

—¿Y yo qué quiere usted que le haga?—me contestó la Menegilda con desabrimiento.

Me eché á la calle, y casi á la puerta de casa me encontré al aguador, sentado en su cuba.

—¿No sube usted el agua?—le pregunté.

—No, señoritu; heme declarado en huelga.

—Le daré una pesetilla.

—Ni por cinco duros subu con este calor los cinco pisus.

Se obstinó, y tuve que dejarle.

Entré en una tahona, y pedí dos panecillos.

—Hoy no hay pan—me dijo el tahonero.

—¿Que no hay pan?

—No, señor. Nadie ha acudido al trabajo: ni mozos de pala, ni amasadores, ni horneros; ¡como hace tantísimo calor!

—¿Y qué vamos á comer los vecinos?

Se encogió de hombros y replicó con desparpajo:

—Coman ustedes patatas.

Sali de la tahona algo consolado de mi mala ventura pensando que si fuese maldición terrible la de que cada cual comiera el pan con el sudor de su frente, aún hubiera sido más terrible maldición la de que le comiéramos con el sudor de la frente del panadero.

En medio de la calle, y entre un corro de regocijados espectadores, dos *bravías* se arrancaban ardorosamente los respectivos moños. Tenía la una desgarrada una oreja, y á la otra le manaba sangre por ambas mejillas. Quise evitar un desastre, y prorrumpí en el consabido grito:

—¡Guardias, guardias!

—Ya puede usted esforzar la voz si quiere que le oigan—me dijo con sorna un pilluelo.

—¿Tan lejos están?

—A estas horas deben estar remojándose en el Manzanares, si es que no han salido ya del agua y están comiendo callos en el merendero del Bizco.

—¡Bonita manera de cumplir con su obligación!

—¿Y quién cumple con su obligación con el calor que hace?

Más lejos ardía una casa por los cuatro costados. Los vecinos arrojaban sus muebles por los balcones. Cada cual se salvaba y salvaba lo suyo como mejor podía. Allí no había autoridades, ni bombas, ni bomberos.

—¡Autoridades, bomberos, bombas!—exclamó un

testigo á quien hice la observación.—¡Cualquiera se acerca á las llamas con el calor que hace!

Quise tomar un coche, y en mal hora desperté al cochero que dormitaba en el pescante.

—Al ministerio de Fomento—le dije.

—¡Sopla!—gritó;—pues no es floja solana la que hay hasta allí. Donde yo me voy ahora mismo es á la cochera.

—Entonces, ¿por qué tiene puesto usted el «se al quila»?

—Porque me da la gana.

—Es usted un insolente.

—Y usted un...

Aquello hubiera acabado mal á no haber hecho yo una apelación á mi prudencia y recorrido á la estratagemas de la fuga.

Tenía que echar una carta, y entré en un estanco. La estanquera, mal encubiertas sus exuberancias, hallábase arrellanada en una mecedora, cabe un enorme botijo.

—No hay sellos—me dijo perentoriamente.

—¿Que no hay sellos?

—Como si no. ¿Que adelantaria usted, hombre de Dios, con poner sello á sus cartas si no ha de haber empleados que las distribuyan, dependientes que las lleven á la estación, maquinistas que conduzcan el tren correo, peatones que trasladen la correspondencia ni carteros que la repartan? Es claro, ¡con este calor!

Sofocado y casi reducido al estado líquido llegué al fin al ministerio, donde tenía encargo de preguntar por un expediente. Un portero me atajó el paso.

—¿Donde vá usted?

—Al negociado del señor Balduque.

—El señor Balduque está en Cestona.

—Me entenderé con el auxiliar.

—El auxiliar se fué á Cerdicilla.

—Preguntaré al escribiente.

—El escribiente salió ayer para Miraflores.

—Entonces—dije resignado—volveré otro día.

—Vuelva usted para el otoño, porque desde mañana estarán cerradas las puertas de este negociado.

—¿Cómo así?

—Pues sencillamente porque mañana temprano salgo con mi familia á veranear á Carabanchel de Abajo.

También yo soy hijo de Dios y siento el calor ni más ni menos que el ministro.

Al regresar al centro de la capital, sudoroso y jadeante, acerté á pasar por enfrente del templo angusto de la Representación Nacional. Y entonces lo comprendí todo. Cuando los representantes, abrumados por el exceso de la temperatura, se declaran en huelga patriótica, ¿qué han de hacer los representados? Después de todo, ninguno de esos infelices ha importunado á Dato para entrar en el encasillado, ni ostenta una alta investidura parlamentaria, ni tiene la estrecha responsabilidad de la gestión de los negocios colectivos, ni sustenta sobre sus robustos hombros la inmensa pesadumbre de la España que se desmorona. ¡Cuán perniciosos los malos ejemplos que proceden de las alturas!

Viendo á los salvadores de la patria aplazar su obra de salvamento para tiempo fresco, el pueblo entero bosteza, se estira y se tumba á la bartola.

—También hacía calor—iba yo pensando;—también hacía calor en el estío de 1873. Los diputados de aquel tan calumniado Parlamento aguantaron, no obstante,

heroicamente las caricias de Febo, congregados desde 1.º de Junio á 18 de Septiembre, realizando una ruda é ingrata labor. Y eso que ni contaban con el poderoso refrigerante que se llama D. Francisco Silvela, ni habían tenido un Pidal que les predicara elocuentemente el sacrificio para correr luego á sacrificarse á Mondariz.

Eran otros hombres y tenían para el martirio la vocación que requieren las grandes causas. Porque, á la verdad, mucho calor hace en Madrid, pero aun hacía mas calor en el brasero donde por salvar su patria, quemó su diestra Mucio Scévola.

ALFREDO CALDERÓN.

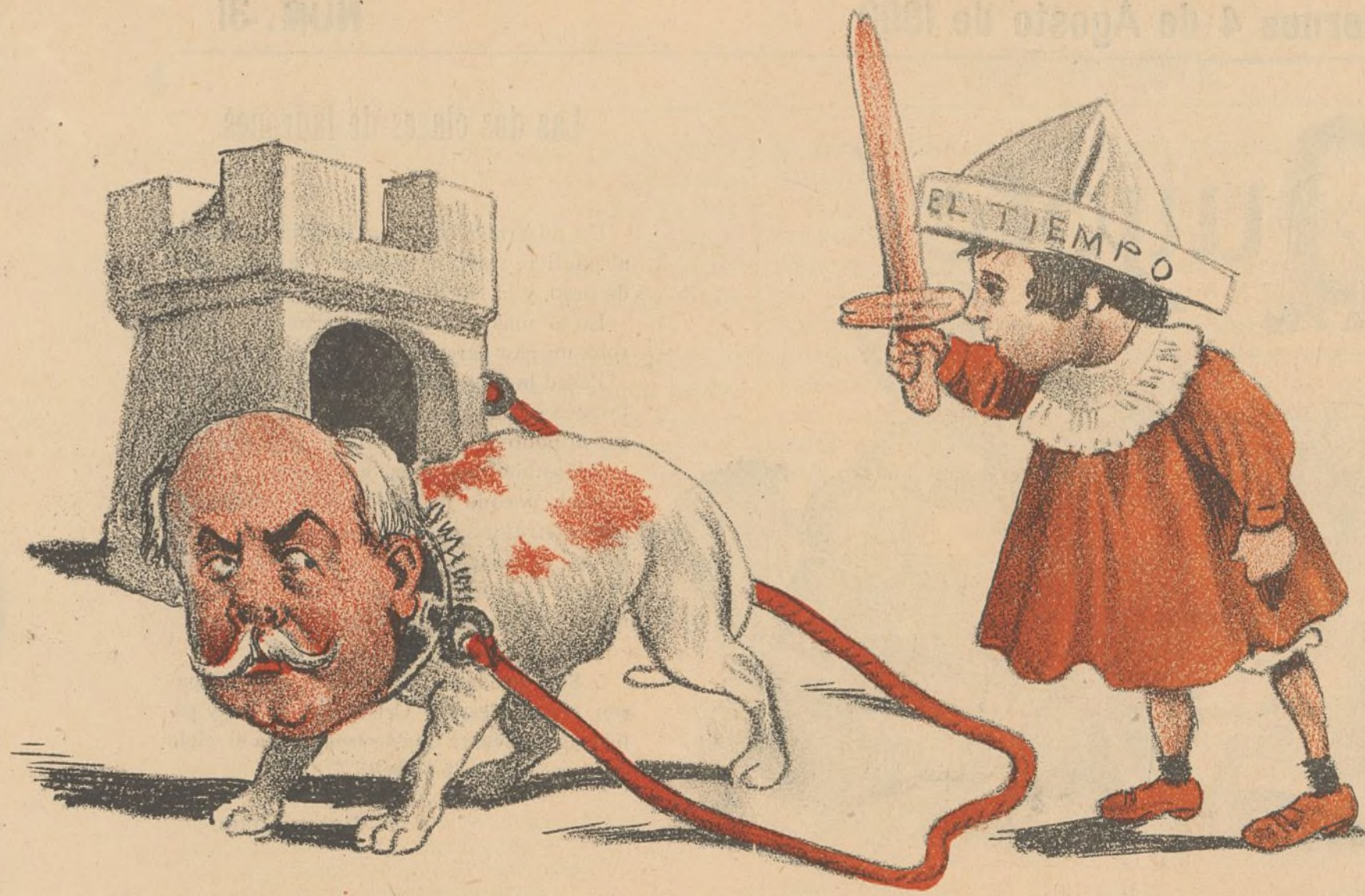
“POLAVIEJA,” DENUNCIADO

El general cristiano,
huyendo los rigores del verano,
se ha ido á tomar el fresco saludable
á yo no sé qué playa bonancible;
pues el clima variable
de este inmundo asadero inaguantable.
Le sienta al general de un modo horrible
Lo cierto es que ya se halla
lejos de la Babel y la batalla
tremenda de la corte,
con su dulce consorte,
poniendo el cuerpo en pertinaz remojo,
cosa que, realmente,
para él era precisa, pues el ojo
se le llegó á irritar tan brutalmente,
que, según asegura mucha gente,
con la furia infernal de una tarasca,
diez días se pasó rasca que rasca.

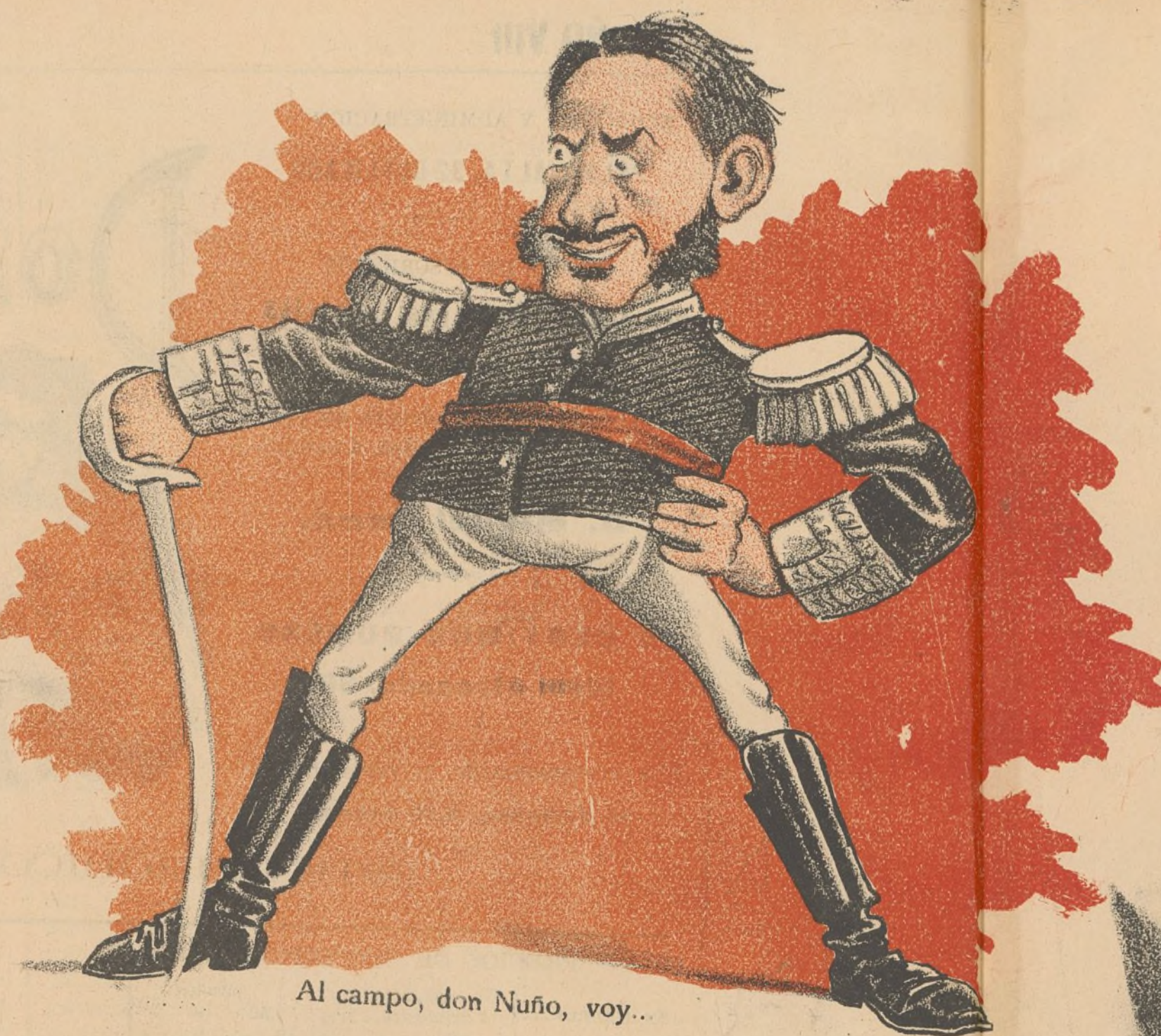
Mas, como Dios es justo,
hizo que el ex-ranchero
(hoy general augusto
por su suerte, su gracia y su salero),
antes de su viaje tan deseado,
tuviera el gran disgusto
de verse denunciado.
El fiscal de la Audiencia,
autor de la denuncia, ha demostrado,
no sólo estar dotado
de clara inteligencia,
sino también sus dignas cualidades
de hombre recto, leal y equitativo,
que no se entrega á ajenas voluntades,
y á la voz del deber nunca es esquivo;
porque lanzando valeroso reto
á torpes y engreídas vanidades,
al ver aquella serie de verdades,
denunció al general en mi folleto,
que, como *Polavieja* se titula,
resulta, por extraña anomalía,
que no soy yo, sino él, el que ha sufrido
el golpe de la ilustre fiscalía.

Cuando noticia tuvo
el pobre general de lo ocurrido,
el ojo, ya escocado,
se le inflamó de pronto como un cubo;
y comenzó á sentir tales ardores,
que pasó todo el día
entre ayes y clamores,
diciendo: ¡Madre mía!
¡Virgen de los Dolores!
¡calma este malestar y esta agonía
que el ojo me devora!
mientras que su señora,
le colocaba paños de agua fría,
con paciencia de mártir, de hora en hora.
Por la noche, á *Camelo* visitaron
los ministros, que al punto le dejaron
para que descansara;
y un hombre grave y serio,
muy allegado á cierto ministerio,
que la tal entrevista presenciara,
juró que don Francisco,
cuando del general se despedía,
mirándole á la cara,

DON QUIJOTE.



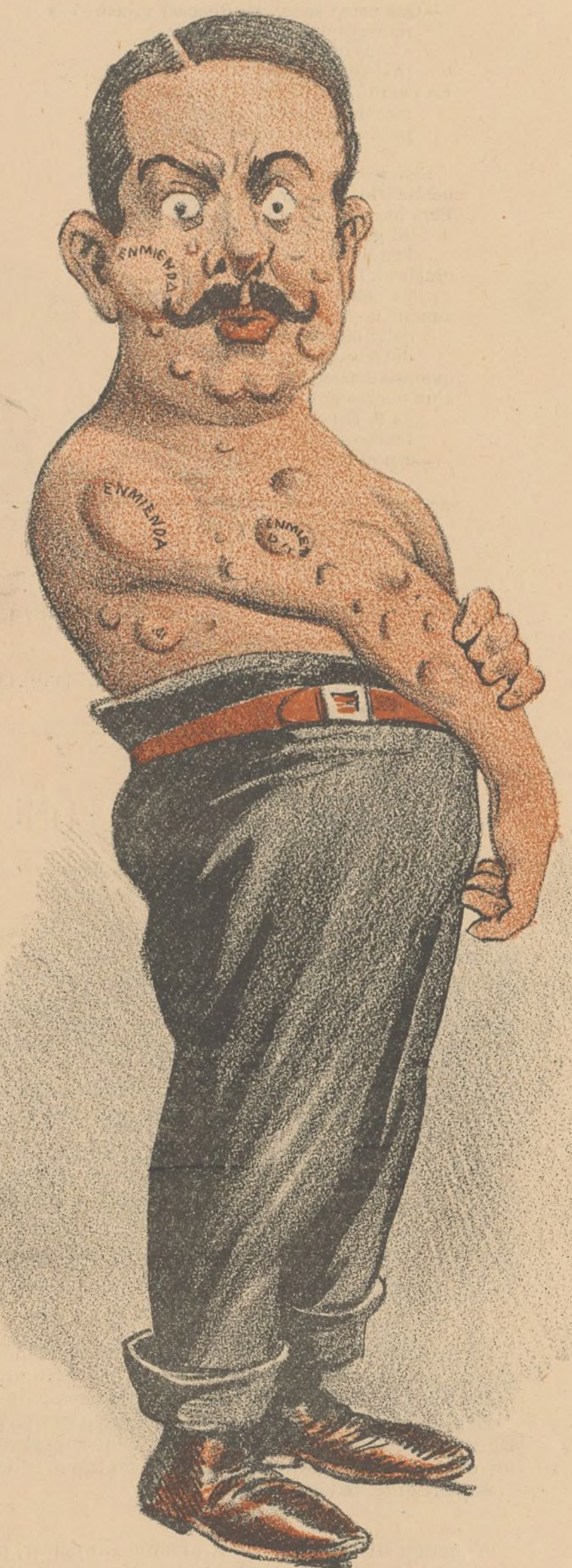
Refrán: «Perro ladrador, poco mordedor.»



Al campo, don Nuño, voy..



¡Gracias á Dios que no veo á Romero en un poco de tiempo!



—Bueno me han dejado las minorías



—Decididamente me vienen algo anchas las prendas del difunto.

El perrero que nos hace falta.



La verdad es que vamos muy á gusto en el machito.

con sorna sonreía,
y después que decía:
«—Que usted se alivie. Reposar procure.—»
murmuraba entre dientes:
«—¡Amuélate, jesuita.
¡Así revientes!»
En cuanto pudo, el *general cristiano*
marchó á echarse en remojo
para curar la enfermedad del ojo.

Señores: Es verdad que en el verano
en Madrid, el calor es insufrible.
Pero hay otro enemigo más terrible:
El general. Su ausencia
bendígamos, y demos
gracias á la Divina Providencia,
ya que libres nos vemos,
aunque no, por desgracia, eternamente,
de la odiosa presencia
del feo vejecedorio,
que está haciendo pasar el purgatorio
á un pueblo noble, enérgico y valiente.
¡Si es del cielo castigo,
tenemos suficiente
con el otro enemigo!

PEDRO BARRANTES.

CASTELAR

(FRAGMENTOS DE SUS OBRAS)

Precio: 3 pesetas.A los corresponsales y suscriptores de DON QUIJOTE, **2,50 pesetas.**

BALADA ALEMANA

¡ADELANTE, BATALLÓN!

(Para los procesados por la rendición de Santiago de Cuba.)

I

El enemigo ametralla desde una eminencia á la columna. Los soldados, embriagados por la pólvora y la sangre, luchan, luchan con denuedo, pero no avanzan. Carecen de artillería y sus ánimos van amortiguándose. En vano la música trata de animarlos tocando el himno nacional. Retroceden, retroceden espantados y vencidos por la fuerza...

El jefe es un valiente, considera deshonorosa la retirada y, poniéndose al frente de su columna, dice con robusta voz:

—Soldados, voy á luchar, voy á morir; ¿dejaréis que vaya solo?...

Y los soldados, entonces, enardecidos de entusiasmo, siguen á su jefe, y el pundonoroso militar, satisfecho, exclama mostrándoles con la espada los cañones enemigos:

—¡Adelante, batallón!

II

Avanzan, avanzan sin vacilar, sin fijarse en el compañero que cae para no levantarse más; avanzan, intrépidos y arrojados, hacia los cañones enemigos...

El jefe cae, pero los soldados no detienen su marcha. El capitán se coloca al frente del batallón y mostrando los cañones que continúan arrojando metralla, grita:

—¡Adelante, batallón!

III

Y siguen adelante, serenos; mueren sin pelear, pero ¡no importa! Cada paso que dan les acerca más á los cañones fatales, y ellos desean llegar pronto, muy pronto.

Van dejando señalado el camino de cadáveres; la columna se diezma, pocos eran los que seguían avanzando; pero los valientes cazadores no se fijan en eso; enardecidos y furiosos, sólo desean llegar, llegar cuanto antes.

El capitán cayó también, y lo reemplazó el teniente al grito entusiasta de:

—¡Adelante, batallón!

IV

¡Oh! Ya no era un batallón lo que avanzaba, apenas llegaba á una compañía; pero seguían adelante. El teniente murió y un oficial repitió el grito, y cuando cayó el oficial un sargento se puso al frente de aquellos héroes.

El enemigo, admirado de tanto heroísmo, quiso perdonar la vida de aquellos valientes; pero ellos, altivos, seguían avanzando sin fijarse que el cañón les amenazaba á pocos pasos. Iban á morir; pero, ¿qué importa?, arrojaron por última vez el grito sublime de:

—¡Adelante, batallón!

V

¿Hay por ventura alguien que no se sienta capaz de sacrificar su existencia en aras de una idea?...

Cuando, luchando con el mundo, van desgajándose una por una mis esperanzas, no decaigo, no vacilo; recuerdo á los heroicos soldados, y digo á las que quedan:

—¡Adelante, batallón!

LUDOVICO KLEIN.

SOLEDADES

Tengo en ti los ojos puestos,
y Villaverde los tiene
en los nuevos presupuestos.

Te vas á San Sebastián,
y aquí dejas á tus hijos
sin un pedazo de pan.

No vengas con presunciones,
pues te puedo echar en cara
que te rozas con ladrones.

Tienes mucha vanidad
y sé que están tus alhajas
en el Monte de Piedad.

No faltas ni á una novena,
pero en tu barrio, chiquilla,
no tienes fama de buena.

¡Ingrata, me has engañado
igual que á los electores
les engaña el diputado!

Por ti tenemos reyertas,
siendo así que yo trabajo
para que tú te diviertas.

Cariño no veo en ti,
aunque todo lo que tienes
me lo estás debiendo á mí.

VICENTE RUBIO.

LOS HEROES DE BALER

El País saluda á los héroes de Balser, que se han embarcado para España, y les dice:

«Fuiesteis bravos, tenaces, épicos, sublimes. Grecia habría colocado, en esas costas del Pacífico, rumorosas y centelleantes de conchas y de caracolas, pedrerías de los mares tropicales, un león de piedra erguido y formidable, mirando á los Estados Unidos, como el león de las Termópilas miraba á Persia.

Roma habría transportado de Egipto un monolito, y en el habría hecho inscribir en magnífico latín, digno de Tácito, vuestro elogio consagrado á la inmortalidad.

Inglaterra habría puesto vuestros nombres á cien calles de sus ciudades y veinte estatuas recordarían en Londres vuestro heroísmo.

Francia os prepararía un recibimiento babilónico, cubriendo de flores las calles, abrazándoos delirantes de entusiasmo los hombres, enviándoos besos las mujeres, cantando vuestras glorias muchedumbres electrizadas.»

España...

España enviará al muelle de Barcelona el brillante cuerpo de guardas de Consumos, por si traen los héroes de Balser algún género de contrabando.

¡Que lo traen!

¡Porque el corazón de esos soldados valerosos resulta ya contrabando en esta tierra!

LANZADAS

—Sosíguense vuesa merced, mi amo y señor Don Quijote, y deje para mejor ocasión esos ímpetus belicosos y esas ganas de pronunciarse, como se dice ahora, que parecen acometerle.

—No puedo contenerme, Sancho; hora es ya de que desnude mi tajante espada.

—No hable, señor, de desnudeces, que pudiera oírnos Liniers y mandar un recadito á la fiscalía.

—Hora es ya, repito, que los verdaderos regeneradores partamos lanzas en pro de la reconstitución de la patria.

—Pero venga acá, señor, y déjese de fantasías, que no están los tiempos para romanticismos, y ya sabe vuesa merced aquello de «dame pan y llámame Mataix», y «á buena carterá no hay dimisión», y «dime con quién andas y te llamaré jesuita», y «calla la lengua, como hace Polavieja», y «el mejor de los dados es Silvela».

—¡Acabarás de vomitar refranes!

—Con esto quiero decirle, mi señor Don Quijote que el papel más cómodo y más productivo en estos tiempos de Linares Rivas y García Alix es el de perfecto ministerial, y no el de regenerador andante; que ya ve vuesa merced cómo le crece el pelo á Paraiso y los disgustos que trae no arrimarse al sol de Polavieja.

—De caballeros es no esquivar el peligro y acudir allí donde nos llama el deber.

—Crea vuesa merced que todas esas no son más sino frases huecas, como la cabeza de Gallo Alcántara. Porque después de todo, dígame vuesa merced en conciencia, ¿qué ha ocurrido aquí de particular para que todos nos desgañemos hablando mal del Gobierno? ¿Pueden ser mejor de lo que son los presupuestos del eximio Villaverde? ¿Hay hombre más amante de la unidad de la patria que el regionalista Sr. Durán y Bas? ¿Hay Pasquín ni Aunón que puedan compararse con el ínclito Gómez? ¿Cómo dudar de la capacidad intelectual del varias veces héroe Polavieja, ni de la de sus tutores y curadores Mataix, Reparaz y demás genios del Manifiesto? ¿Qué me dice vuesa merced de Dato? ¿Qué del latinista de jornada maese Pidal? ¿Puede algún estadista del mundo competir en talento con el memorialista de Sor María de Agreda? Vea vuesa merced cómo tenemos un Ministerio que no nos merecemos.

—Tú lo has dicho, Sancho, que no nos lo merecemos, y por eso hay que formar uno que sea digno de nosotros.

—Y descendiendo á otro orden de cosas. ¿Puede el Gobierno haber hecho más de lo que ha hecho por la felicidad de la patria? ¿No gozan ya de libertad los prisioneros españoles apresados por los tagalos? ¿No se les han satisfecho sus alcances á los repatriados? ¿Y qué me dice vuesa merced del orden que reina en las provincias? ¿Y cuándo los partidarios de Don Carlos han estado más tranquilos? Y...

—Calla, Sancho, calla, que no hay paciencia para oírte. ¡Parece que habla por-tu boca un diputado de la mayoría! Yo te digo que no aguantó más, y que me pronuncie.

—Pues yo no acompaño á vuesa merced en esa nueva aventura. Yo me declaro silvo-polaviejista. ¡Y viva Polavieja con su Mataix, y Silvela con su Gallo Alcántara! Desde ahora me rozaré con Cucurella y demás diputados de Manifiesto, y despreciaré á las «masas neutras». ¡Viva Silvela, viva yo!

UN ENTIERRO

El entierro desfilaba por la Puerta del Sol con todo el aparato escénico que ha inventado la vanidad para que, hasta después de muerto el protagonista, siga la comedia. Los ocho caballos empenachados, la carroza negra desbordante de esculturas y angelones, los palafreneros con sus pelucas de estopa y sus casacas, que contrastaban con el aire zafio ó chulesco de los disfrazados comparsas de la muerte, las coronas que cubrían el féretro, la fila interminable de berlinas y landós, todo hacía entender que dentro de la caja iba un personaje de muchas campanillas.

¿Quién era? Uno de los que presenciaban el paso del entierro contaba la historia del muerto de esta manera:

**

«Miren ustedes cuántas coronas y cuántos coches. Alrededor de la carroza van porteros de todas las dependencias oficiales habidas y por haber. Como que el muerto es uno de estos españoles de primera clase que sintetizan el poderío oficial, la virtud milagrosa de la *Gaceta*. No se concebía su existencia sin esa organización artificiosa de las jerarquías del Estado. Puede decirse que el difunto no ha sido hijo de hombre y mujer, sino que nació por el prodigioso ayuntamiento de un real decreto y una real orden. Pertenecía á una de las familias dominantes, á esta nueva aristocracia que han engendrado las revoluciones, y que tiene todo el orgullo de la historia sin la grandeza de los recuerdos. Era uno de esos pomposos árboles que crecen en el bosque del Estado, y se desarrollan recibiendo el riego continuado de los sueldos, las comisiones, las dietas, los gastos de representación. Sobre él ha caído sin cesar el dinero de los contribuyentes en todas las formas imaginables.

«Apenas nacido, la poderosa familia que le engendró le tenía apercebida una pensión para pago de estudios. Obtuvo una beca en un seminario ó una plaza gratuita en un colegio protegido de la corona. No bien supo firmar, le concedieron un destino. La recomendación le acompañaba en los exámenes y pudo obtener un título académico, sin molestarse demasiado estudiando.

«Murió un pariente rico, y como hubiese dudas sobre á quién correspondía la herencia, la recomendación se la entregó á este hijo predilecto del Estado, quedando en la desesperación y en la miseria los legítimos dueños de aquel caudal.

«Fué diputado, senador, ministro y consejero de cuantas clases de consejos existen.

«Hasta la novia se le buscó de real orden, porque casó con una opulenta señorita merced á las relaciones políticas y oficiales; de tal modo, que hay derecho á pensar que el tal escribió sus billetes de amor en papel timbrado con los solemnes membretes de las dependencias oficiales, nuevo estilo de petrarquismo burocrático.

«En torno suyo han caído como lluvia de sabrosísimo maná los destinos, las prebendas y las actas de diputado. Diputados son sus hijos, sus yernos, sus sobrinos, sus amigos íntimos, los que jugaban con él al tresillo y el que le acompañaba en sus devaneos cuando salía el gran señor á recorrer su pueblo, no como Araum-el-Roschid para enterarse de las injusticias de los gobernantes, sino, como Fernando VII, á regodearse con las gracias de las gobernadas.

«Su estampilla ha poblado de empleados los ministerios, de catedráticos las aulas, de jueces los tribunales, de canónigos los coros. A su voz se abrían nuevas carreteras por las comarcas de su preferencia. En los distritos electorales que él y sus paniaguados representaban, el poderío del gran señor ha sustituido á los ciegos caprichos del sorteo en las quintas la distribución del terrible tributo, equitativamente impuesto al enemigo político. Por él están en las filas los dos hijos de una viuda, mientras los hijos de los caciques que llevan en cada pueblo la voz del personaje han quedado libres.

«Aspiró un día á los timbres de la ciencia, y no tardó en ser académico, porque la más segura manera de conseguir estos honores es no haber producido obra alguna. De este modo los críticos no tienen donde cebarse, y perecen de rabia.

«No ha estudiado otra ciencia que esta novísima, que consiste en el hábil barajar de un ciento de locuciones solemnes y grandilocuentes. Con ellas ha pronunciado discursos y ha sido innumerables veces el «señor de la Comisión» que defiende un dictamen en la Cámara.

«La *Gaceta* fué su cuna; en la casa de la *Gaceta* ha vivido. Obra suya es por dentro y por fuera. Las majestuosas necedades de los documentos oficiales han nutrido su cerebro y formado su corazón. No ha tenido ni ideas ni aspiraciones que no cupiesen en el molde de un preámbulo gacetable.

«Se ha pasado la vida haciendo colección de sueldos y honores. Deja un armario lleno de nombramientos y un cajón atestado de cruces.

«Así como la madre, en los desvarios de su amor, dedica al hijo que juega en su regazo todas las palabras de elogio y cariño que tiene el idioma y aun otras inventadas por el afecto, el Estado agotó con este hombre todos los dictados de sus jerarquías y le ha hecho excelentísimo ó ilustrísimo señor, derramando sobre él los tratamientos que dan idea de la magnificencia de su posición, y que en la escuela de funeral seguían el nombre del muerto como cohorte servil de pajes, caudatarios y portadores de armas y de trofeos.

«¿Qué queda de tanta majestad?... Nada... Una lechigada de diputadillos y personajes secundarios, que recordaran aun durante algunos años la omnipotencia del muerto.

«El Estado no puede hacer más. Muerto el personaje, se acabó el prodigio de la hechicería oficial. Los gusanos de la tumba devoran no sólo el cuerpo del gran señor, sino sus veneras, sus cruces, sus bandas y sus galones.

J. ORTEGA MUNILLA.

Imprenta de Antonio Marzo, calle de Apodaca, 18.